

EL PURGATORIO DE LOS MALDITO 44



DANIEL MUÑOZ CASTANDER

El purgatorio de los malditos

Berlín 1928: una ciudad sin Dios entregada a los vicios más mundanos y al frenesí del carpe diem en la que ya se estaban gestando la crisis económica y la lucha a muerte entre comunismo y fascismo.

Kurt Haase es un joven ginecólogo que acaba de llegar a la capital desde provincias, un pardillo que enseguida será engullido por esas fuerzas diabólicas.

Sin proponérselo se verá envuelto en un oscuro caso de asesinato con connotaciones políticas; también se verá obligado a enrolarse en las SS y más tarde, al acabar la guerra, huirá a Sudamérica por miedo a posibles represalias por crímenes de guerra, pero sobre todo por haber sido el ginecólogo de la mujer de Reinhard Heydrich, la Bestia Rubia, el temible jefe de la Gestapo.

Se establecerá en Chile donde llevará una nueva vida, tratando de pasar página. Sin embargo, su pasado le perseguirá en forma de comando Nakam del Mossad que lo secuestra con la intención de llevarlo a Israel para ser juzgado.

ÍNDICE

EL PURGATORIO DE LOS MALDITOS

PARTE I: PARAÍSO

CANTO 1: SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO 1961.

CANTO 2: BERLÍN, OCTUBRE 1928.

CANTO 3: BERLÍN, OCTUBRE 1928.

CANTO 4: BERLÍN. OCTUBRE, 1928.

CANTO 5: SANTIAGO DE CHILE. FEBRERO 1961.

PARTE II: INFIERNO.

CANTO 1: BERLÍN, OCTUBRE 1928.

CANTO 2: BERLÍN. NOVIEMBRE DE 1928.

CANTO 3: BERLÍN, NOVIEMBRE DE 1928.

CANTO 4: BERLÍN. DICIEMBRE 1928.

CANTO 5: SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO 1961.

CANTO 6: BERLÍN, NAVIDADES 1928.

PARTE III: PURGATORIO.

CANTO 1: BERLÍN, ENERO DE 1931.

CANTO 2: SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO DE 1961.

CANTO 3: BERLÍN, AGOSTO DE 1934.

CANTO 4: SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO DE 1961.

CANTO 5: WEIMAR, MARZO DE 1945.

CANTO 6: SANTIAGO DE CHILE, OCTUBRE DE 1973.

EL PURGATORIO DE LOS MALDITOS

Editorial: Salestrails. Madrid 2016.

Autor: Daniel Muñoz Castander

Título: El Purgatorio de los Malditos

Copyright: @ Salestrails.

Para Lola, Inés y Valeria

PARTE I: PARAÍSO

CANTO 1

SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO 1961.

En el maletero olía a gasolina y a grasa lubricante. Un leve resplandor se filtraba por el ajuste de la tapa sin conseguir romper la oscuridad claustrofóbica que lo rodeaba. Podía distinguir las manecillas fluorescentes de su reloj mientras marcaban los minutos que pasaban. Veintidós exactamente habían transcurrido desde que se le ocurrió que podía ser una buena idea medir el tiempo para calcular la distancia que recorrerían. Debían ir a una gran velocidad pues el motor rugía y lanzaba el auto a uno y otro lado en las curvas. Hacía fuerza con las piernas y las manos para no golpearse violentamente en la cabeza. Estaba empezando a agotarse. El calor era agobiante. El miedo también. Seguro que ya habían salido de Las Condes, pero no podía determinar si se dirigían al oeste hacia Valparaíso o si pretenderían esconderlo en algún del sur, en el Maipo probablemente. Sin embargo el viaje no iba a ser tan largo; tras una serie de paradas breves, el coche se detuvo y pudo escuchar el chasquido de las puertas abriéndose. Varias personas descendiendo del auto y el chirrido metálico de una verja alzándose; a continuación el coche avanzando hasta frenar definitivamente. Había anticipado este momento con temor durante el tra-

yecto, pero no tuvo demasiado tiempo para recrearse en su angustia ya que en seguida se abrió la cajuela y el potente chorro de luz de una linterna lo cegó. Intentó protegerse los ojos con una mano pero no le hizo falta ya que le enfundaron la cabeza con una capucha. Lo hicieron descender del vehículo a trompicones. Sus piernas se habían quedado anquilosadas y casi no lo sostenían. Fue obligado a avanzar a empujones. De repente se golpeó la espinilla con algo y cayó al suelo, y aunque tuvo el reflejo de parar la caída con las manos, su cabeza impactó con algún objeto y perdió la conciencia.

Al despertarse se encontró sentado en una silla a la que había sido amarrado para no caerse. Le dolía la cabeza y la pierna pero no se sentía demasiado mal. Le habían quitado la capucha. Una bombilla sin lámpara iluminaba una estancia sin ventanas. Seguramente estaba en un sótano. Olía a humedad y a cañerías de desagüe. Pasó mucho tiempo, no era fácil calcular cuánto. Tenía ganas de mear, aunque todavía podía aguantarse. Era incómodo, nada más. Si bien se había repetido a sí mismo que no tenía nada que temer, que era imposible que ocurriese algo así, en sus noches de insomnio había imaginado muchas veces este momento, esta situación que ahora estaba viviendo, especialmente desde lo de Eichmann del año pasado. Se había preguntado cómo se sentiría, se había planteado cuál sería la mejor forma de afrontarla. ¿Negarlo todo y demostrar su indignación por aquella captura ilegal? ¿Mostrarse altivo y arrogante para no parecer débil? ¿O bien enrocarse en un silencio inquebrantable? Ahora que había llegado el momento de

la verdad todos sus planteamientos parecían haberse esfumado, no era capaz de pensar en esos elaborados términos estratégicos pues el pánico atenazaba su capacidad de raciocinio. Su cabeza simplemente le decía que esto no podía estar pasándole a él. No admitía que aquel sótano con olor a mierda fuera real.

Cuando logró centrarse llegó a la conclusión de que lo más conveniente era lo más sencillo. Debía contarles la verdad y todo se solucionaría, pero ¿Cómo convencerlos de que se trataba solo de un error, de una desafortunada confusión? No creía que fuera a resultar sencillo, sabía que estaba marcado. Ahora le preocupaba sobre todo el dolor, no el que sentía ya, sino que el que sabía que le podían infligir llegado el caso. ¿Sería capaz de aguantarlo dignamente o por el contrario, se doblegaría al terror, se cagaría encima y terminaría sollozando y suplicando clemencia?

Las horas pasaban como un fluido pastoso. Su cabeza, que funcionaba de forma autónoma hacía ya tiempo, producía cálculos cada vez más irracionales basados en hipótesis alocadas. Se preguntaba si le iban a trasladar fuera de Chile como a Eichmann o bien le ajusticiarían allí mismo, probablemente después de torturarlo. Se planteaba como responder en caso de que le pidieran una confesión, quizá darles lo que querían sería su justificación para aplicarle su castigo, pero si no confesaba, cabía la posibilidad de que intentaran obligarle mediante la tortura. Tampoco estaba seguro de que ellos tuvieran la certeza de su verdadera identidad y por lo tanto de lo acertado de su acción. ¿Cuál

podía ser el valor de su confesión? No era nadie importante, no tenía ni poder ni dinero; solo tenía un pasado, como tantos otros. Intentó calmarse. Ahora sí que tenía que mear con urgencia, pero no había nadie a quien llamar. Alzó la voz. "Oigan, por favor, tengo que ir al baño. ¿Hay alguien ahí? ¿Pueden oírme?". Siguió llamando a sus captores sin obtener respuesta y finalmente desistió. Ya estaba resignado a mearse encima cuando por fin oyó un ruido metálico y se abrió la puerta del cuarto.

Un hombre avanzó hasta situarse justo enfrente de Egon. Alcanzó una silla y se sentó sin decir nada. Solo lo observaba. Con movimientos pausados extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa. Dentro había un encendedor. Prendió un cigarrillo y volvió a guardar el paquete en el mismo bolsillo. Era un hombre moreno de cabello rizado. Barba de un par de días. Mirada intensa y perspicaz. Permaneció en silencio durante una eternidad. El cigarrillo se consumía entre sus dedos. Egon le sostuvo la mirada y finalmente se decidió a hablar.

- Necesito ir al servicio. No aguanto más.

El hombre no respondió. Miró distraído la colilla del cigarro, la tiró al suelo y la aplastó con el pie. Luego se levantó con rapidez, dio un paso adelante y lo abofeteó violentamente con el reverso de su mano derecha. El golpe partió el labio inferior de Egon. El sabor metálico de la sangre inundó su boca. A continuación el hombre dio media vuelta, colocó de nuevo la silla frente a su prisionero y se

sentó. El gesto no se le había descompuesto. Su rostro no transmitía absolutamente nada mientras continuaba contemplándolo. Egon escupió la sangre acumulada y comprendió que debería mearse encima. El hombre se reclinó en la silla y comenzó a hablar en un tono quedo. Hablaba alemán con un claro acento extranjero pero con una gran corrección gramatical.

- Si quiere mear, adelante. Si quiere cagar, ensúciase los pantalones. No es para tanto. Pero puede evitarlo si nos ayuda y decide colaborar.
- ¿Colaborar? ¿En cuanto a qué? ¿De qué utilidad puedo serle? No tengo mucho dinero, pero mi familia puede reunir algo – repuso Egon, intentando mostrar calma.
- No queremos su dinero. De todos modos, estimado doctor, le aseguro que esa actitud no va a ayudarlo. No nos tome por ingenuos. No se haga el loco. Sabemos quién es usted y seguramente usted se imaginará quienes somos nosotros.
- ¿De qué me habla? No sé de qué me habla.
- Bien, empecemos por el principio. ¿Cuál es su nombre? El verdadero, quiero decir.

- Me llamo Egon Fuhr. Soy natural de Bélgica, de la parte valona-alemana.
- Ya, ya, eso es lo que dice su documentación falsificada. Mire, no somos oficiales corruptos a los que pueda sobornar con diez pesos. No nos cuente monsergas. Díganos su verdadero nombre, y su número de carnet del NSDAP.
- ¿El NSDAP? Los nazis... ¡Está loco! Le repito que soy belga, los nazis invadieron mi país. Todos sufrimos, yo lo perdí todo en la guerra, por eso tuve que emigrar.

De nuevo el hombre de pelo negro se abalanzó sobre su prisionero, pero esta vez le propinó un gancho de derechas que impactó en el pómulo izquierdo de Egon. La luz se apagó en su cabeza por un momento. Cuando regresó, su visión se entrecortaba por momentos y un molesto zumbido constante proveniente de su oído izquierdo invadía todo el espacio de su percepción. La presión dentro de la cabeza terminó cediendo y al aspirar con alivio, se dio cuenta de que se había meado encima. Un reguero de orina mojaba su pernera izquierda hasta el tobillo y se había formado un pequeño charco alrededor de su zapato. Alzó la cabeza y vio al hombre sentado a horcajadas sobre la silla. Había encendido otro cigarrillo. Su rostro ahora sí que transmitía una emoción. Parecía divertido.

- ¿Ve? Ya no tiene que pedirme permiso para mear- hizo una pausa valorativa. Dio una profunda calada a su cigarrillo. Guiñaba los ojos cuando aspiraba con fuerza. A continuación expelió el humo hacia Egon con expresión de desprecio - Espero que le duela. Se lo tiene bien merecido. Si por mí fuera acabaría con usted ahora mismo. Es escoria, nada más.
- Se están equivocando de persona, se lo aseguro. ¿Sabe cuántos emigrantes llegamos a Chile después de la guerra? Esto está lleno de europeos, y sí, soy consciente de que hay algunos nazis también, pero se confunden conmigo.
- Bien, eso ya lo veremos. Dígame, ¿Dónde nació y en qué año?
- Nací en 1903 en Butgenbach. Mi padre era el párroco local. Provengo de una familia muy religiosa. Estudié medicina en Lieja. Luego trabajé en un hospital de Amberes y al final de la guerra conocí a mi mujer en un campo de refugiados. Cuando pudimos, nos vinimos aquí.
- Veo que tiene una tapadera bien elaborada. Sin embargo tenemos información fehacien-